

LOS OCHO DÍAS DE MARZO DEL PADRE ISIDRO

*José Quiñonero Hernández*¹

RESUMEN

Cuando el padre Isidro llegó a Lorca, el convento franciscano contaba ya con más de siete siglos de historia y de leyendas, donde se exaltaban las hazañas de los héroes lorquinos, espejo de las glorias pasadas de la ciudad fronteriza. Sin embargo, los tiempos modernos habían sido poco halagüeños para el Convento de las Huertas, zarandeado por desastres naturales y turbulencias políticas, mientras los devotos huertanos sobrevivían acosados por las penurias y el hambre que provocaba la escasez de agua para el riego, sometida al sistema arbitrario de la subasta impuesto por las oligarquías dominantes. En estas arribó el padre Isidro, riguroso e impulsivo, de fe tridentina y devoto del Régimen, agitador de las conciencias con sermones encendidos de fe y admoniciones contra la depravación de las costumbres; pero con un profundo sentido de la justicia que le llevó a entenderse con movimientos sociales poco compatibles con sus ideas y, sobre todo, a acoger y encauzar una agitación imparabla que, en ocho días de marzo de 1960, movilizó a miles de personas, para acabar con la subasta del agua. Una actuación que, milagrosamente, contentó a los que protestaban y obtuvo el beneplácito de las autoridades del Régimen, que tomó medidas inmediatas para solucionar el problema. Luego, la vida siguió su curso, con el fraile inquieto entregado a labores sociales, como la traída del agua potable a la huerta, y a innumerables actividades parroquiales y misionales, que concluyeron con su marcha en septiembre de 1970, sin que nadie acudiera a despedirlo.

Palabras clave: Lorca, franciscanos, convento de la Virgen de las Huertas, Padre Isidro, subasta de agua.

ABSTRACT

When Father Isidro arrived in Lorca, the Franciscan convent already had more than seven centuries of history and legends, where the exploits of the Lorca heroes were exalted, a mirror of the past glories of the border city. However, modern times had been unflattering for the Convento de las Huertas, shaken by natural disasters and political turbulence, while the devoted orchardists survived, harassed by the hardships and hunger caused by the scarcity of water for irrigation, subject to the arbitrary auction imposed by the dominant oligarchies. In these arrived Father Isidro, rigorous and impulsive, of Tridentine faith and devoted to the Regime, agitator of consciences with sermons inflamed with faith and admonitions against the depravity of customs; but with a deep sense of justice that led him to come to terms with social movements that were not very compatible with his ideas and, above all, to welcome and channel an unstoppable agitation that, in eight days of March 1960, mobilized thousands of people, to end the water auction. A performance that, miraculously, satisfied those who protested and obtained the approval of the Regime authorities, who took immediate measures to solve the problem. Then, life continued its course, with the restless friar dedicated to social work, such as bringing drinking water to the garden, and to countless parish and missionary activities, which concluded with his departure in September 1970, without anyone coming to say goodbye to him.

Keywords: Lorca, franciscans, convent of the Virgen de las Huertas, Padre Isidro, water auction.

LOS VAIVENES EN LA HISTORIA DEL CONVENTO

Historia remota de la fundación

Cuando, en los últimos días de diciembre de 1957, el padre Isidro llegó a Lorca, el convento

de la comunidad franciscana contaba con una larga ejecutoria de más de siete siglos en los anales de la historia y de las leyendas locales, siempre bajo el manto de la Virgen de las Huertas².

Según recogen las tradiciones legendarias, tras la reconquista, ocurrida en 1244, «los ciuda-

¹ jquinoneroherandez@gmail.com

² Un análisis muy documentado y completo de la historia y la leyenda del monasterio lorquino es el que ofrece Manuel Muñoz Clares en *El convento franciscano de la Virgen de las Huertas. Historia e iconografía de un templo emblemático y de su imagen titular*, Edit. Espigas, Murcia, 2018. Los datos y referencias documentales aportados en estas primeras páginas de antecedentes históricos, los tomamos en buena parte de la obra citada y del Estudio Preliminar, a cargo de Juan Francisco Jiménez Alcázar, Manuel Muñoz Clares y Pedro Riquelme Oliva, de la *Relación votiva o donaría de la antigüedad de la imagen de nuestra Señora de las Huertas*, del P. Alonso de Vargas, edición facsímil (Lorca, 1999) de la de Francisco Heylan, Granada, 1625, pp. 13-143.



Ilustración 1. La Virgen de las Huertas defiende el convento contra los moros (Foto AML).

danos de Lorca, agradecidos y devotos, fabricaron a la santa imagen una hermosa ermita, eligiendo para este efecto el mismo sitio donde había estado con el ejército católico», a la que llamaron de las Huertas, por haberse instalado en el huerto que ocupó el Real de las mesnadas alfonsinas³.

Dicha ermita, fuese mandada construir por el príncipe conquistador, como cuenta la leyenda, o se levantara mucho más tarde, lo cierto es que más de dos siglos después seguía siendo una ermita o «ermita iglesia»⁴, cuya posesión fue entregada por el concejo a un fraile menor, encargo del que nacería el asentamiento de la comunidad franciscana y la construcción del convento, a partir del último tercio del siglo XV. Aunque el padre Morote adelanta el término de su construcción a 1467, «en que ya finalizado el convento, se hallaba capaz de ser habitado de veinticinco religiosos»⁵.

Este monasterio llevó una vida precaria en los años siguientes, hasta la Reconquista de Granada, al estar situado en un lugar fuera de la

ciudad y con la huerta y el campo, de los que dependía, devastados y despoblados a causa de las algaradas y escaramuzas de la guerra. Un riesgo del que el nuevo eremitorio se defendía con una configuración de fortaleza, provisto de una torre centinela y «cuerpo de guardia, para impedir a los moros el paso de la vega»⁶ (Ilustración 1).

Tras los años dedicados a la construcción, la vida del convento siguió su curso hasta la mitad del siglo XVI, «habitado de fervorosos y ajustados religiosos aplicados al servicio de Dios y culto de la reina del cielo», como decía el padre Morote, ya en 1741⁷.

La recreación virtual

A partir del último tercio del siglo XVI, aprovechando una cierta bonanza económica y la euforia por los triunfos de las huestes lorquinas en la guerra de las Alpujarras, era el momento de exaltar las hazañas de los héroes y las glorias de la ciudad fronteriza, deseo que se plasmó en un poema heroico de Ginés Pérez

3 Ortega, Pablo Manuel, *Crónica de la Santa Provincia de Cartagena de la regular observancia de N.S.P. San Francisco*, facsímil (1980) de la edición de José López, Murcia, 1740, p. 76.

4 Carta del Concejo al obispo, reproducida por Manuel Muñoz Clares, op. cit., pp. 22-23.

5 Morote, P. Pedro, *Antigüedad y blasones de la ciudad de Lorca*, facsímil (Lorca, 1980) de la edición de López Mesnier, Murcia, 1741, p. 286.

6 Vargas, P. Alonso de, op. cit., folio 39.

7 Morote, P. Pedro, op. cit., p. 286.



Ilustración 2. Lorca bajo la protección de la Virgen de las Huertas (Foto AML).

de Hita⁸. Se trataba de una historia legendaria que, con sones épicos, iba orientada a exaltar la identidad de la ciudad fronteriza. Y todo ello, con un enfoque absolutamente cívico y «laico», que omite, salvo contadísimas excepciones, las referencias a devociones y encomiendas de los héroes de la guerra fronteriza. Un libro que no tuvo la suerte de ser publicado, pero que fue muy conocido a través de copias manuscritas, y su contenido aprovechado, a veces casi al pie de la letra, por los autores de las historias y leyendas posteriores.

Esto ocurría en medio de un enfrentamiento soterrado entre los responsables de la comunidad franciscana y las fuerzas vivas de la ciudad, que ya en 1554 veían peligrar la condición de «monasterio de ricos» del viejo convento, al que estaban vinculando las glorias y honores pretéritos de la ciudad, ante la posibilidad de que la orden se trasladase a un cenobio más céntrico, que pretendían abrir en San Francisco, «porque dejarán la casa de Nuestra Señora de las Huertas». Y más tarde, en 1600, vemos a estas élites oponerse a su conversión en monasterio de recoletos, orientados a la austeridad y la pobreza, porque eso impediría las misas de «particular devoción», destinadas a «memorias

y perpetuales dotados de muchos bienes», de la «gente principal de esta ciudad», con lo que «se ha de venir a perder la devoción de aquella casa»⁹.

En 1625, el padre Vargas, en su *Relación votiva o donaria de la imagen de Nuestra Señora de las Huertas*¹⁰, recogiendo las inquietudes de la «gente principal» de la ciudad –representada por Diego Ponce de León, heredero de los adalides fronterizos– y, sobre todo, velando por la influencia de la Virgen de las Huertas, puso en marcha una refundación virtual del convento, que, con efecto retroactivo, inventa o pone en orden el registro de las glorias de la ciudad, vinculadas ahora al patronazgo exclusivo de la advocación huertana (Ilustración 2).

Si el hispanista Henry Kamen, refiriéndose a la creación de la tradición y la identidad de las naciones, considera que la fe en los mitos y leyendas no es una emanación del espíritu de los pueblos, sino una construcción erudita difundida por unos grupos especializados en el imaginario de una comunidad, que impone memorias colectivas¹¹, nada mejor que la historia del padre Vargas, y la posterior del padre Morote, para fundar las nuevas raíces y memorias del

8 *Libro de la población y hazañas de la muy nobilísima y leal ciudad de Lorca*, manuscrito n.º 19.610 de la BNE.

9 Sobre estas inquietudes y rencillas, véase M. Muñoz Clares, op. cit., pp. 39-41.

10 Op. cit.

11 Kamen, Henry, *La invención de España*, Edit. Planeta, Espasa, Barcelona, 2020, p. 481.



Ilustración 3. Miguel Muñoz de Córdoba, *Batalla de Cabalgadores* (Foto Mariano Hernández).

convento, ligadas ya para siempre a las gestas de la ciudad.

El título de la obra de Vargas compendia todo un proyecto de exaltación de la advocación del convento, predicando –además de publicitar la nutridísima colección de reliquias de santos que él mismo se trajo de Roma–, la *antigüedad* y, por tanto, la supremacía de la Virgen de las Huertas sobre la del Alcázar, recientemente nombrada patrona de la ciudad (1618) y vinculada a la Colegiata de San Patricio, basándose en su aparición en plena conquista alfonsina de la ciudad y, sobre todo, en su relación *donaria o votiva* con los héroes de la frontera. Para ello, reescribirá el relato de las hazañas de estos caballeros, añadiéndole un carácter religioso, incluso beato, que arranca con la encomienda presencial de los combatientes antes de cada expedición, su invocación a ella durante la batalla y, finalmente, su obligada vuelta al convento, ya victoriosos, para ofrecer gran parte de sus presas y despojos a Nuestra Señora de las Huertas (Ilustración 3).

Esta vinculación pasada de los héroes, con más de dos siglos de antigüedad, pero viva ahora en unas historias que todos tomaban por verdaderas, tenía el fin último de acrecentar la devo-

ción, actual y futura, de las élites urbanas, que aumentarían sus donaciones y la vinculación perenne con el convento, mediante la construcción de capillas y enterramientos. «Memorias y perpetuales» que serían un ejemplo vivo para la devoción del común de los fieles, del pueblo llano de la ciudad y de la huerta, aparentemente dejado de la mano de Dios, pero que esperaría de su Santísima Madre un milagroso remedio, propiciado por limosnas y diezmos, pequeño testimonio de su devoción, en un deseo de emular las donaciones de aquellos héroes en el pasado tan generosos con el convento.

Tras el desaliento inicial que produjo la terrible inundación de noviembre de 1653, que anegó y derrumbó el edificio, salvo parte de la iglesia, inmediatamente comenzó la reconstrucción de su fábrica¹², la adecuación de capillas y otras dependencias del convento, así como la reposición de imágenes y retablos, ajuar de la Virgen y otros ornamentos con las aportaciones de las familias principales, de manera que en poco más de veinte años el monasterio quedó reedificado. Ello dio lugar a un florecimiento de la devoción de los fieles de toda clase y condición, que culminó con la publicación en 1741 de *Antigüedad y blasones de la ciudad de Lorca*, del padre Morote¹³, una historia legendaria, en gran

¹² Sobre los dimes y diretes que apuntaban a la extinción de la comunidad de las Huertas y la no reedificación del edificio, dejándolo reducido a un pequeño oratorio para ofrecer misa a los fieles de la huerta, y el giro inmediato que impulsó la rápida reconstrucción, véase M. Muñoz Clares, op. cit., pp. 61-69.

¹³ Op. cit.

parte imaginada, que amalgamaba la visión épica de Pérez de Hita con la devota de Vargas, insistiendo en la devoción a Nuestra Señora de los héroes lorquinos, cuyas hazañas se ponían al nivel de las de los caudillos del pueblo de Israel (Ilustración 4).

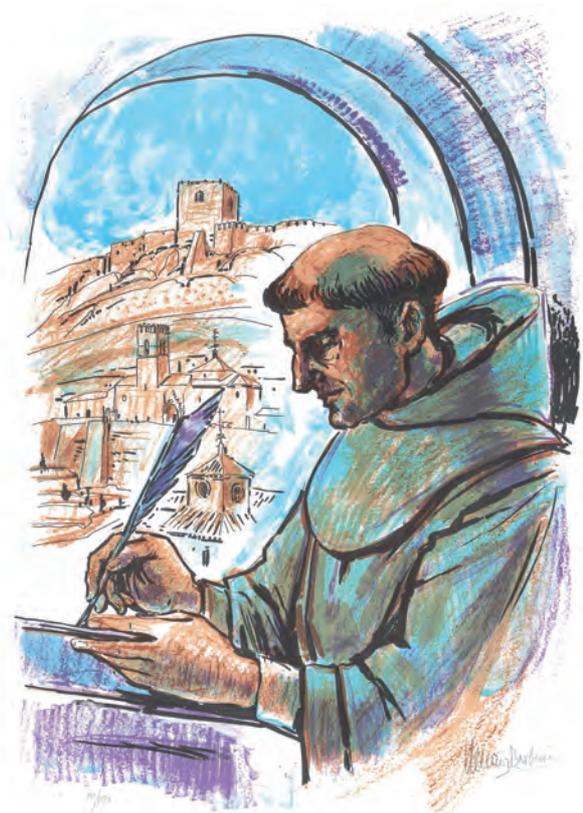
La reconstrucción del edificio y la renovación de la identificación de la comunidad con los principios y valores del pasado heroico de la ciudad, aseguraban una nueva y larga vida al convento.

El camino a la modernidad

Los tiempos modernos no fueron nada halagüeños para el Convento de las Huertas, que padeció las turbulencias de una política convulsa que llevó a persecuciones de los miembros de la comunidad y a la destrucción de su patrimonio, a lo que contribuyó también alguna catástrofe natural.

A pesar de la consolidación del patronazgo de la Virgen de las Huertas frente a la advocación de la Virgen del Alcázar, vinculada a la colegiata de San Patricio, el ocaso de la comunidad franciscana se acentuó a partir de la Guerra de la Independencia y del subsiguiente Trienio Liberal, que dispersaron a los frailes primero y luego, en 1821, la disolvieron por un corto periodo de tiempo¹⁴. Pero a renglón seguido, la desamortización acabó con ella y llevó el edificio a manos privadas, que pretendieron demolerlo, con lo que amenazaba con extinguirse una tradición de siglos que presentaba al Convento como centro neurálgico de la devoción de la comarca, basada en la exaltación de las hazañas y glorias de la ciudad.

Toda la segunda mitad del XIX estuvo ocupada por el quiero y no puedo de la rehabilitación del edificio, la recuperación de su patrimonio y, sobre todo, la vuelta de la Comunidad franciscana.



— Ilustración 4. Manuel Muñoz Barberán, *El Padre Morote*.

Regreso que no ocurrió hasta los últimos años del siglo, a costa del conde de San Julián y de otros prohombres locales.

La economía local no caminó tampoco muy boyante en esta centuria, que se inauguró en 1802 con la rotura del pantano de Puentes, la cual produjo devastación de tierras y viviendas y la pérdida de vidas humanas, con la consiguiente indigencia hidráulica, que se extendió hasta la inauguración en 1890 del pantano reconstruido, mientras la burguesía caciquil se aseguraba la posesión del agua y la administración de los riegos, mediante la subasta (Ilustración 5).

Las sucesivas riadas, como la de Santa Teresa, de 1879, y las sequías alternativas sometían al común de la población a una permanente lucha por el pan de cada día¹⁵. Y a ello habría que

14 Mula Gómez, Antonio José, «Aproximación a la guerra de la Independencia en Lorca y su distrito», *Anales de Historia Contemporánea*, n.º 1, 1982, Universidad de Murcia, pp. 48-70.

15 Gil Olcina, Antonio, «El régimen del río Guadalentín», *Cuadernos de Geografía*, n.º 5, 1968, Universidad de Valencia, pp. 1-19. Mula Gómez, Antonio José; Hernández Franco, Juan; Gris Martínez, Joaquín, *Las obras hidráulicas en el Reino de Murcia durante el Reformismo Borbónico. Los Reales Pantanos de Lorca*. Colegio Oficial de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos. Murcia, 1986. Hernández Franco, Juan; Gris Martínez, Joaquín; Mula Gómez, Antonio José, «Avenidas y Obras Hidráulicas en el Guadalentín (Siglos XVII-XIX)», *Avenidas Fluviales e Inundaciones en el Mediterráneo*, Instituto Universitario de Geografía. Universidad de Alicante, Alicante, 1989, pp. 435-446. Mula Gómez, Antonio José, «Gestión de recursos hidráulicos en los regadíos tradicionales de la cuenca del Segura. El caso de Lorca». *Co-loquio sobre demanda y economía del agua en España*, Instituto Universitario de Geografía. Universidad de Alicante, Alicante, 1986.



Ilustración 5. Presa del recién reconstruido pantano de Puentes, en 1901 (Foto Oscar Vaillard, AML).



Ilustración 6. Huertanos recogiendo estiércol por las calles de la ciudad (Foto AML).

añadir los desastres de la Guerra de la Independencia, las epidemias de fiebre amarilla o de cólera¹⁶ y el mal endémico de una administración local endeble, que no disponía de recursos para emprender las obras públicas imprescindibles ni para atender a la salud y la educación de la población, de lo que basta el ejemplo evidente de la apertura tardía y precaria del Instituto Local de Segunda Enseñanza y su cierre por inanición en menos de dos décadas¹⁷.

Los sobresaltos y miserias del siglo XX

El siglo XX no empezó mejor para el Convento, con el derrumbe de la torre y parte de la igle-

sia, en 1901. La reconstrucción duró casi veinte años, promovida por el conde de San Julián, que financió una capilla para el enterramiento de su familia bajo la propia torre.

Los tiempos de la República dieron lugar a la inquietud de la Comunidad, a la que siguieron en los primeros meses de la guerra las amenazas, las acusaciones y la persecución de los frailes, que hubieron de huir del convento. Sucesos que culminaron en agosto de 1936 con el saqueo del edificio a manos de una horda cuyas huestes «en hogueras encendidas en el atrio, quemaron ropas y ornamentos de la iglesia, robaron cuanto no quisieron quemar, condujeron las imágenes de los santos y de la Virgen, patrona de la ciudad, en una camioneta a la rambla y allí les prendieron fuego, mientras hacían repicar las campanas de la torre conventual»¹⁸. Y la posterior conversión en cuartel supuso la devastación total del monasterio¹⁹.

Los años siguientes fueron dedicados a la recuperación de las estructuras, cerramientos, mobiliario doméstico, tallas, retablos y ornamentos litúrgicos, recurriendo al patrocinio de las oligarquías locales, las limosnas de los fieles, e incluso la detracción de una parte de la recaudación de la subasta del agua.

En esta primera mitad del siglo, la economía de la agrocuidad no resultó tampoco muy pujante, pendiente siempre de los ciclos de la sequía y de la especulación injusta con el agua. Esta situación se agravó durante la guerra civil, con la movilización de los hombres y la carencia de abastos, que amenazaba a muchísimos hogares en los que no había oficio ni beneficio (Ilustración 6).

La situación empeoró hasta límites insostenibles en los años de plomo de la posguerra, en que al temor y la persecución política se unieron la miseria y el hambre, en un mercado intervenido en que se fiscalizaban todos los consumos,

16 Mula Gómez, Antonio José, «Mortalidad y comportamiento social en la Lorca de 1812. Análisis de una epidemia», *Anales de la Universidad de Murcia*, Filosofía y Letras, vol. XXXVIII, n.º 4, Murcia, 1979, pp. 219-253.

17 Mula Gómez, Antonio José, «Política y educación en la Lorca del siglo XIX. Del Colegio Universitario de la Purísima al Instituto de Segunda Enseñanza (1785-1883)», *Revista Clavis*, n.º 11, 2021, pp. 59-90.

18 Carbajo, P. Deodato, *Restauración de la Provincia Seráfica de Cartagena*, Murcia, 1966, p. 223.

19 «Para disponerlo a su gusto derriban tabiques, arrancan puertas y ventanas, desparraman los libros de la biblioteca, destrozan el excelente órgano que había en el coro (el mejor de la Provincia seráfica), levantan el piso de mármol de la iglesia y presbiterio para llevarlo al cuartel, queman todos los altares y retablos, roban las campanas de la torre, borran de la pared todo emblema religioso, desentierran nuestros muertos y profanan sus tumbas». Ídem, p. 223.



Ilustración 7. La comunidad franciscana en los años 50 del pasado siglo (Archivo familia Faroli).

reducidos al escasísimo reparto de la cartilla de racionamiento. Los agricultores habían de entregar la mayor parte de su cosecha de cereales al Servicio Nacional del Trigo: «Ahora nadie puede vender –ni tener– trigo, cebada, maíz o cualquier otra semilla», decía un triste observador de la época²⁰. La Fiscalía de abastos requisaba todo el comercio de cereales y en el fielato de la entrada a la ciudad los campesinos habían de pagar un arbitrio por los animales y demás productos que llevan al mercado. Mientras, los molinos estaban intervenidos, por lo que quien tenía trigo lo había de moler y amasar el pan de matute, y tenerlo escondido para esquivar la requisa.

«Son muchas las casas en las que no se enciende la lumbre, tanto en el pueblo como en la huerta y en el campo»²¹, apuntaba el cronista; y añadía que «es difícil saber lo que come la gente, pero como en otras ocasiones todo era ocasión de alboroto y protesta, ahora es moda sufrirlo todo con indiferencia, al parecer, y buena cara»²².

Y no mejor que los estómagos andaban los ánimos, porque «sin pan –advierte el observador

con motivo de la aparente alegría por la colocación de la primera piedra del nuevo edificio del Instituto–, solo comiendo la mayor parte boniatos o berzas cocidos con agusal y sin aceite, no hay interés ni placer por nada»²³.

La angustiada situación de la huerta

Durante siglos, el convento de Nuestra Señora de las Huertas había procurado ensalzar las hazañas, siempre victoriosas, de los caballeros y peones de la ciudad, recreando la historia, resucitando viejas leyendas o inventándolas, para convertir a estos héroes de la frontera en paladines de la Santísima Virgen, a la que se encomendaban para que les procurara la victoria a cambio de generosas donaciones de los despojos del enemigo. De esta manera, se vinculaba a las familias de la nobleza y de la burguesía local al Santuario, prestas a construir capillas y enterramientos y a sufragar altares, pinturas y aderezos de la Patrona, fomentando así la admiración y el respeto de todos por el orden establecido como el mejor de los mundos posibles (Ilustración 7).

²⁰ Espín Rael, Joaquín, *Dietario de posguerra*, inédito, transcripción de Juan Guirao.

²¹ *Idem*.

²² *Idem*,

²³ *Idem*.



Ilustración 8. Abastecimiento de agua en la plaza del Caño (Foto AML).

Mientras, gran parte de sus devotos, pobladores humildes y olvidados de la huerta, vivían entregados a otra batalla, callada y continuada cada día, y siempre perdida, por la subsistencia con solo las armas de la resignación y el fatalismo, frente a la aspereza de la tierra, que apenas los sustentaba. Aunque con el consuelo espiritual de una vida mejor en el más allá, que se esforzaban por vislumbrar.

Las tierras fertilísimas de la huerta de Lorca, sobre las que ejercía el Convento su tutela espiritual, formadas por la sedimentación de las aguas de las avenidas del río Guadalentín y de las ramblas colindantes, y abonadas por los riegos de aguas turbias de los desembalses de los pantanos, eran una riqueza en potencia, pero que, de hecho, devenía en todo lo contrario: inseguridad, precariedad y pobreza de buena parte de las familias que se asentaban en ellas, sometidas a los vaivenes climáticos y meteorológicos y otras circunstancias adversas.

Un factor determinante era la tremenda irregularidad de las precipitaciones, casi siempre torrenciales, que, además de producir inundaciones devastadoras, provocaba un imprevisible vaivén en la disponibilidad de agua, siempre escasa; a lo que se añadían la disociación entre la propiedad de la tierra y la posesión de esa agua, en buena parte en manos de «aguatenientes» que especulaban con ella, y el sistema arbitrario de su subasta en el Alporchón, que imposibilitaba los riegos esenciales, o hacía que

estos se consiguieran a precios ruinosos para los pequeños agricultores²⁴.

Este carácter irregular del acceso al agua, junto a un régimen climático que daba lugar a temperaturas mínimas extremas, con fuertes heladas de inversión térmica, que se asentaban intensas en las zonas deprimidas, como El Campillo o las cercanas a la rambla Biznaga, durante el invierno –no siendo infrecuentes en primavera– hacía que estas tierras solo se pudieran dedicar al cultivo intensivo de cereales, con ausencia total de los hortícolas y de frutales, salvo en una reducida franja en torno a la ciudad, donde la temperatura era más benigna y el acceso al agua más fácil, e incluso gratuito en la zona del propio Convento, que se beneficiaba de un privilegio real del tiempo de la conquista de la ciudad.

Lindante con la rambla Biznaga y con el saladar improductivo –que recogía las aguas salobres del noroeste de la cuenca para verterlas en el citado cauce, permaneciendo inundado parte del invierno y cubierto de maleza en verano–, se extendía una ancha franja de varios kilómetros con un paisaje desolado, sin vegetación, en el que apenas se avistaba alguna vivienda, que no disponía, como tampoco las del resto de la huerta, de agua para el uso doméstico ni para el ganado, al no estar el nivel freático al alcance de los pozos domésticos y no poder acumularla en aljibes pues el terreno llano no facilitaba las escorrentías; a lo que se añadía la carencia de leña para alimentar cocinas, hornos y chimeneas (Ilustración 8).

La propiedad de la tierra, en la que alternaban algunas medianas propiedades con un extendido minifundio, compuesto de pequeñas «piezas» o parcelas rectangulares de alrededor de tres fanegas, a veces divididas en varias partes, hacía que el cultivo de la tierra propia, sometido a los caprichos de la meteorología, no alcanzara para el sustento familiar, que había de complementarse con el de otras en aparcería o rento, tanto o más ruinoso para estos pequeños agricultores y piojareros. Mientras, los más humildes, desprovistos de tierras, o con parcelas de mínima

24 Véase Gil Olcina, Antonio, «El régimen del río Guadalentín», op. cit.; y «La propiedad del agua en los grandes regadíos deficitarios del sureste peninsular. El ejemplo del Guadalentín», *Agricultura y sociedad*, n.º 35, 1985, pp. 203-231.

extensión, malvivían de un jornal discontinuo, que no iba más allá de pocas peonadas por la siembra o la escarda y algunas más para la siega, que se completaban marchándose a la siega «de allá arriba», más tardía, por los campos de Topares y La Puebla [de Don Fradrique], en un periplo estival que podía acabar en Cuenca o Guadalajara²⁵.

Esta angustiada situación de carencias, vinculada a la escasez y carestía del agua, no hacía más que agudizarse con el paso de los años, sin que apenas se pusiera remedio, no ya a esa precariedad, sino a la subasta del agua, que sólo la ponía al alcance de unos pocos para beneficio de las oligarquías que la gobernaban, por lo que algunos profetizaban los conflictos que la desesperación creciente de los huertanos podía ocasionar. Como este informe, de 1957, de la Cámara de Comercio e Industria de Lorca:

La inaplazable necesidad de los riegos de primavera origina que la subasta de las aguas del pantano adquiera caracteres de tragedia. Es tal la escasez de agua y el precio tan elevado –más de 1.500 pesetas la hila–, que hacen totalmente anti-económicos los riegos de cereales produciéndose la natural creciente intranquilidad entre los huertanos. Podría asegurarse que de no gozar de este régimen de autoridad habría que lamentar serias perturbaciones de orden público. La desconfianza en la actual situación para resolver el problema del regadío es grande. De persistir la sequía se avencinan momentos extremadamente difíciles²⁶.

Una situación insostenible que, por esos mismos años, desde la ficción literaria, retrataba dramáticamente el escritor lorquino Castillo-Navarro en su novela *Con la lengua fuera*, donde recogía la tragedia de los huertanos esclavizados por la dependencia del agua:

Cien nucas. Cien cabezas. Cien hombres.

Los cien, como él. Anhelantes, impacientes, inquietos; pendientes de la subasta. De si pujarán como el que más, lo igualarán o quedarán por



Ilustración 9. El delegado regio frente a las peticiones y protestas de los regantes, hacia 1926 (Foto Menchón, AML).

bajo. Empujándose. Hablando entre dientes la cantidad contada una y mil veces antes de salir y tomar la senda, el tramo o el camino. Repasando los billetes con la punta de los dedos. Vigilando con el rabillo del ojo el no ser vistos o sorprendidos... Queriendo cerciorarse de la cantidad, del número, de la probabilidad que pueda haberles de conseguir agua para las tierras que mueren lentamente. Secas, apretadas las bocas, contraído el gesto, y en las manos y en las rodillas, el temblor, la desazón, el hormigueante minuto de la espera²⁷ (Ilustración 9).

EL CIELO Y LA TIERRA: DEVOCIÓN Y COMPROMISO CON LA HUERTA

El padre Isidro llega

Aún perduraban las consecuencias de aquellos años de la posguerra cuando el padre Isidro llegó al Convento, el 21 de diciembre de 1957, en un entorno que apenas había cambiado desde entonces.

En la segunda mitad de los cincuenta, mientras en la sociedad urbana se apreciaban algunos atisbos de mejora económica y de progreso social, los campesinos, y en especial los huertanos feligreses del Convento, iban convirtién-

25 Para una visión de conjunto sobre la situación de la huerta lorquina y, en general, acerca de la propiedad y el cultivo de la tierra, véanse Horacio Capel, *Lorca, capital subregional*, Cámara Oficial de Comercio e Industria de Lorca, Lorca, 1969; y A. Gil Olcina, *El campo de Lorca. Estudio de geografía agraria*, Departamento de Geografía, Facultad de Filosofía y Letras de Valencia, Instituto Juan Sebastián Elcano, Valencia, 1971.

26 Gris Martínez, Joaquín, «De las ordenanzas de aguas a la constitución de la Comunidad de regantes de Lorca, 1785-1985», en *Agua, riegos y modos de vida en Lorca y su comarca*, Caja de Ahorros de Alicante y Murcia, Murcia 1986, p. 195, nota 9.

27 Castillo-Navarro, José María, *Con la lengua fuera*, Ayuntamiento de Lorca y Edit. Aguacleara, Alicante, 1999, p. 52.



Ilustración 10. El niño García Ros en la escuela del Convento (Archivo familiar García Ros).

dose en una población marginal, cuya situación empeoraba por años, con la única salida de la emigración, lo que iba sembrando una cierta desafección ante una predicación que consolaba a las almas pero no daba trigo. Y a ello se unía el distanciamiento de los pobladores del secano, que nunca se sintieron movidos por la devoción a una Virgen de las Huertas cuyo nombre interpretaban literalmente, no sintiéndose atraídos por una veneración que ellos consideraban cosa de huertanos, por lo que no solían acudir a las ceremonias religiosas, ferias y fiestas patronales en torno al convento.

Por entonces, como había sido siempre, la Comunidad vivía entregada a una labor pastoral con los feligreses de la huerta que se limitaba al auxilio espiritual y a los servicios religiosos, especialmente misas –ordinarias, de difuntos, de aniversario...– por las que se recibía un estipendio, además de limosnas y diezmos de distinta naturaleza. Una dedicación que incluía las visitas a los enfermos, predicaciones y misiones, incluso las tan lejanas de Marruecos o de Tierra Santa.

En un escenario dominado por las carencias, la desesperación y el hambre y condicionado por la servidumbre a los señores, la irregularidad de las cosechas y la desocupación, la única labor social en el entorno se reducía a la enseñanza a niños de primeras letras, a los que en más de una ocasión se alimentaba, al menos con la comida del mediodía (Ilustración 10).

A estas circunstancias se añadía una cierta laicización de la sociedad, vinculada muchas veces a la movilización de sectores opuestos al Régimen, que denostaban la connivencia de la Iglesia con sus dictados. Así que organizaciones juveniles o movimientos obreros como la JOC o la HOAC, salidos de la propia iglesia, empezaban a no compartir su inmovilidad ante la falta de libertades y las injusticias sociales, buscando objetivos más acordes con la propia doctrina social cristiana, opuestos a los postulados del Régimen. Al mismo tiempo, la militancia de movimientos obreros y políticos clandestinos intentaba parasitar estas organizaciones de inspiración católica, que les facilitaban la acción con un menor riesgo de ser perseguidos y penados.

En el padre Isidro, llegado de Zamora, como si se tratara de un milagro, vinieron a aunarse el mandato recoleto y misionero de la orden, su carácter rígido, rayano casi en la intolerancia, y una religiosidad ortodoxa que dramatizaba todo lo relacionado con la vida espiritual, orientada a la salvación y temerosa de las penas del infierno, con el compromiso social y la relación con los sectores apartados de la Iglesia, incluso los más extremos ideológicamente. Así que la pastoral arrebatada del sermón y la penitencia, el discurso beato y admonitorio desde el púlpito vinieron a no oponerse, e incluso a conciliarse, con las penas y escaseces de los huertanos y con las reivindicaciones de la disidencia, que comenzaban a hervir en la barbería o en el obrador del panadero (Ilustración 11).

Al padre Isidro Ruiz Folgado lo nacieron en Zamora, en 1914, y cuarenta y tres años después, a finales de 1957, llegó a Lorca como fraile franciscano. Pero no lo hizo de nuevas, porque ya en 1929 había vestido el hábito de la orden en el noviciado de la Virgen de las Huertas, y en 1930 había hecho la profesión simple en dicho monasterio, tras haber cursado el bachillerato en el Colegio Seráfico de Cehegín, desde 1925. Sus estudios de Filosofía en Santa Catalina del Monte y de Teología en Orihuela, iniciados en 1933, se vieron interrumpidos por la guerra civil, que «fue toda una peripecia en la vida del P. Isidro, quien disfrutaba contando las argucias de que se valió para salir adelante y salvar su vida»²⁸.

28 Necrológica, en *Acta provinciae*, Provincia Franciscana de Cartagena, n.º 52-55, 1994-1995, p. 152.

Tras la profesión solemne y la ordenación como presbítero en 1940, empezó una peregrinación por los conventos de Hellín, Almería, Cehegín, Almansa, y otros destinos que ni siquiera se recogen en el expediente del interesado, haciendo honor a los claroscuros con que las crónicas y documentos se ocuparon de su vida.

Físico y moral anatomía del fraile

Las escrituras no dicen nada del retrato físico y moral del padre Isidro, ni apenas se conservan imágenes de su persona en Lorca; pero los que lo conocieron²⁹ guardan en la memoria numerosos trazos de su apariencia y carácter, que, variados, pero en mucho coincidentes, nos ofrecen un retrato aproximado del personaje, al que veían encaramado en el púlpito, territorio de sus letanías y prédicas, ante un auditorio de niños en un campamento de la OJE, en las charlas a mujeres y cursillistas, discutiendo con los huerfanos, en sus recorridos pastorales por veredas y caminos, sentado en el sillón de la barbería mientras el maestro Tomás le perfilaba la luna redonda de la tonsura o cuando compraba y pagaba religiosamente el pan en el obrador del Embarre o se acercaba al estanco a por su paquete de Ducados.

Allí estaba un hombre de mediana estatura, delgado y enjuto, de andares decididos y firmes y gesto adusto, de nariz aguileña, con pómulos salientes, quijada y barbilla pronunciadas y boca muy encajada, de ojos profundísimos y mirada severa e inquisitiva (Ilustración 12).

En sus gestos y ademanes, en sus palabras y acciones, reflejaba un carácter decidido y enérgico, que ofrecía un pronto aparentemente agrio y soberbio, como una máscara que protegía a un espíritu un tanto retraído y desconfiado, que él mismo resumía con un rotundo «Piensa mal y te quedarás corto». Ese carácter genioso e impulsivo le llevaba a decir las cosas con toda claridad, sin tapujos, aunque resultaran dolorosas, e incluso lo indispusieran con el interlocutor: amenazar con el despido al monaguillo que, a su juicio, no colocaba bien la bandeja de la co-

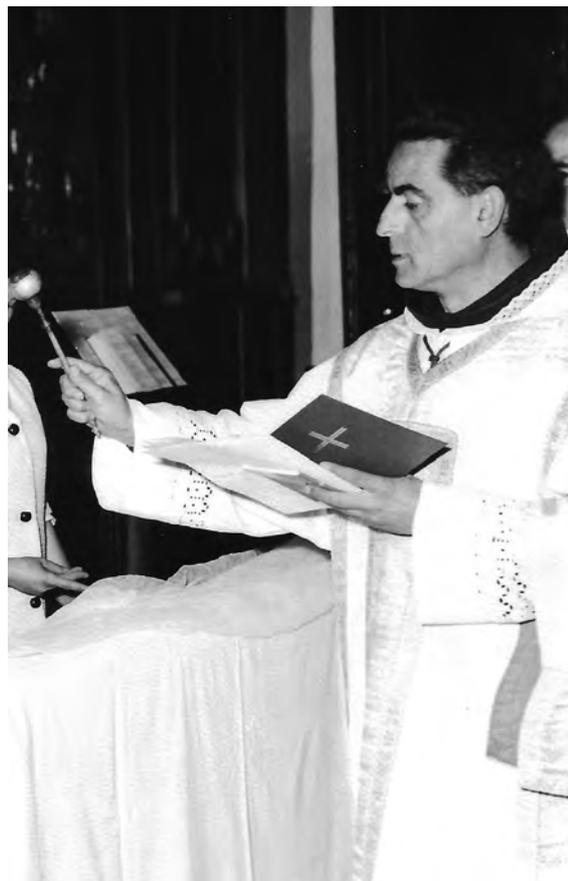


Ilustración 11. El padre Isidro, hacia 1970 (Archivo familiar Faroli).



Ilustración 12. El padre Isidro en un estudio de radio (Archivo franciscano de Murcia).

munion bajo la barbilla de los fieles; no admitir a testigos no demasiado devotos de una boda achacándoles no conocer los «impedimentos dirimentes»; o criticar la escasa devoción de los hombres, que se humillaban en misa hincando una sola rodilla o se mostraban remisos a la

²⁹ Los datos sobre la personalidad del P. Isidro proceden de la colaboración de informantes como Isabel Cuadrado, Rosa Soriano, Manuel Sevilla, Manuel Martínez Ros, Antonio García Ros, Juan Serrano Padilla o Fernando Serrano, entre otros, que lo conocieron o supieron de él en su momento.



Ilustración 13. Manuel Muñoz Barberán, *Máscaras en Lorca*.

confesión por no hablar de los pecados referidos a la concupiscencia conyugal.

El carácter obcecado de quien piensa que tiene razón y no está dispuesto a ceder, lo ilustraba con un «Ni Cristo pasó de la cruz ni yo paso de aquí». Un carácter un tanto irascible que daba lugar a escenas, conocidas de muchos, como aquella de tono esperpéntico cuando los cánticos de despedida de un entierro a la puerta del convento eran coreados sin pausa por el gurgurajo irreverente de los pavos que picoteaban por allí, a los que llegó a perseguir hisopo en ristre.

Pero esta máscara un tanto áspera y distanciadora escondía una preocupación ferviente, no solo por la salvación de las almas de sus fieles, sino por remediar las carencias e injusticias que sufrían, fueran por la falta de agua potable o por los abusos referidos al regadío, intercediendo por los perseguidos, firmando el primero el aval a favor de los detenidos políticos o actuando enérgicamente contra la violencia conyugal; y, en definitiva, aunando voluntades, con inusual mesura y paciencia, en un tiempo más bien dado a la imposición y el ordeno y mando.

Todos oyeron, una y mil veces, al predicador solemne, que sermoneaba sobre los misterios y dogmas de la iglesia, los caminos de la salvación, los pecados de la carne y la concupiscen-

cia, las penas del purgatorio o del infierno, con una retórica solemne y dramática, que quizá no llegaba al oído de todos. Y nadie pudo escapar al alcance de los altavoces que, traídos de Baza, instaló en los cuatro puntos cardinales de la torre, de donde, muy de mañana, brotaban música, reflexiones pastorales o admoniciones a los prófugos de las celebraciones, como «vosotros no vendréis, pero me vais a oír».

Y quizá desde la torre observaba el desmadre de la multitud que, huyendo de la prohibición en la ciudad, acudía a los alrededores del convento para vestirse de máscara y vivir el jolgorio del carnaval. Máscaras que huyeron en tropel corriendo por los senderos y saltando brazales y cañares perseguidas por la guardia civil, dicen que avisada por el propio padre (Ilustración 13).

Una defensa de la moral y de las buenas costumbres que le llevó a no entender las procesiones de la Semana Santa lorquina por ser poco respetuosas con los misterios dolorosos que en esos días deben celebrarse, o no transigir demasiado con las actividades juveniles en el Convento, que incluían cine, bailes y representaciones teatrales, a cargo del atractivo padre Garre.

Todo ello componía una personalidad inquieta y arrolladora que, con impulso incontenible, llenaba el convento y se desparramaba por sus

aledaños, por las parroquias vecinas, y por pueblos y ciudades de media España, hasta llegar a Chile o Buenos Aires, con actividades pastorales que el propio interesado contaba por cientos, e incluso por miles, muchas veces amalgamadas con fines de naturaleza social, que no dejaban de incomodar a autoridades dentro y fuera del convento; pero que muchos vieron como un logro semejante al de la cuadratura del círculo, algo parecido al equilibrio del que camina sobre el filo de la navaja.

La realidad y la crónica del Padre Isidro

A veces, la realidad y las crónicas que se ocupan de contarla siguen caminos paralelos, si no divergentes, a lo que se suma que la vida es una y hay distintos enfoques y pareceres a la hora de retratarla, como ocurría con las figuras legendarias de los héroes de la caballería, en manos de distintos sabios escritores que enmendaban o negaban lo escrito por otros, contribuyendo así al misterio de su existencia. Y en el caso del padre Isidro, su vida fue una, pero fueron más de una las formas de verla y de contarla, e incluso de ocultarla y diluirla, sin que se sepa muy bien las causas de estos olvidos y omisiones, que el propio protagonista hubo de corregir de su propia mano, para que se tuviera entera noticia de su persona.

Datos ciertos indican que el fraile llegó el día 21 de diciembre de 1957 destinado al Convento, siendo Superior el padre Leonardo Aragón. En el monasterio, el recién llegado se encontró con una comunidad entregada a las obras pastorales de misas, ejercicios y atención a enfermos e impedidos, y misionales, casi todas centradas en la ciudad y comarcas vecinas, en medio de una *humilis mediocritas* en que eran acontecimientos reseñables las pequeñas obras, el cuidado del ajuar doméstico, el cultivo del huerto y el paso de hermanos que iban a venían a las comunidades vecinas, lo que daba tiempo a escuchar el canto de los pájaros que anunciaban las estaciones del año y a cuidar la pequeña granja que alimentaba conejos y aves, e incluso un «chino» para el engorde.



Ilustración 14. El Padre Isidro predicando en un campamento de la OJE (Archivo franciscano de Murcia).

Pero las inquietudes del padre Isidro iban mucho más allá, con actividades, no siempre bien entendidas, en que se conjugaban y no se oponían la contemplación y la acción, las palabras y las obras. Desde el púlpito del convento pregona la gracia y la salvación con rezos, prédicas y sermones arrebatados con que atraer y conmover a los fieles, implicado en una obra misional inagotable en que se sucedían sermones y cánticos, rezos de rosarios, coronas y letanías de los santos; triduos, quinaros, setenarios y novenarios; charlas, pláticas y panegíricos, que se extendían a las demás iglesias y monasterios de la ciudad, y sonaban en los altavoces del convento y en las ondas de la radio local. Un extensísimo campo de acción misional que se desbordaba para alcanzar desde Totana a Mazarrón, de Granada a Zamora, desde Buenos Aires a Santiago de Chile, pasando por París (Ilustración 14).

Una actividad agotadora, que le obligaba en más de una ocasión a retirarse, en busca de la paz espiritual y la inspiración para sus tareas, hasta el punto de que las autoridades conventuales anotaban sus largas ausencias, declarándolo incluso en paradero desconocido³⁰. Pero esto era como un breve interregno, que no empecía sus compromisos pastorales en los parajes de la huerta, sus labores de escucha y atención a las inquietudes y problemas de la gente, primero a la grupa de la Vespa de Manuel Cuadrado, luego a lomos de la Lambretta comprada por el convento y, finalmente, en una Mobilette de

30 Diario del Convento, p. 123.



Ilustración 15. Huertanos aforando un pozo ilegal en el cauce del río (Archivo familiar García Ros).

hombre; medios que lo acercaban al tajo de los segadores, a la paretta de la marranera del ganadero o al humilde cuchitril donde agonizaba el viejo arrugado de mil soles y tragedias.

Allí, a pie de huerta, se empapó de las angustias y miserias de aquellos esclavos de la falta de agua, y se endemoniaba cuando le contaban las injusticias de la subasta del riego y las penurias para aprovisionarse de agua potable, que obligaba a trashumancias kilométricas de fuente en fuente para llenar tinajas, cántaros y damajuanas.

Y allí, en aquellas llanuras desoladas, en la barbería del maestro Tomás, en el horno del Embarre o en el estanco, tuvo noticia de la emigración desesperada de tantos y tantos acuciados por la miseria y el hambre, y hasta le llegaron los ecos soterrados de la persecución de los pocos héroes clandestinos del antifranquismo, que se solidarizaban con las víctimas, al menos aireando los detalles de su desgracia; e incluso quiso, en lo posible, ayudarlos.

Y allí arrimó la palabra y la acción el padre Isidro, con la intención clara de contribuir al remedio de tantos males que acuciaban a una huerta moribunda, alejada de la arcadia feliz que cantaba la leyenda (Ilustración 15).

LOS OCHO DÍAS DE MARZO

La parroquia y los silencios del Convento

En los primeros meses de 1960 se extremaron las distancias entre la realidad y las formas de contarla, pues lo que para unos no estaba ocurriendo en torno al Convento de la Huertas, otros lo vieron como acontecimientos dignos de recor-

dación, que habían de ser relatados y sabidos.

El 21 de enero, un escrito de la curia diocesana otorgaba al Convento de las Huertas la condición de parroquia, nueva que se celebró el día 25 con la visita del obispo, llegado entre los vítores del público a una iglesia abarrotada de fieles, donde se le ofreció una recepción totalmente improvisada, según unos, y minuciosamente preparada por el padre Isidro, según el propio interesado.

Lo cierto es que la feliz inauguración acababa con una situación de siete siglos en que el santuario, nacido en el mismo solar de la conquista y hogar de la Virgen de las Huertas, protectora de la ciudad y patrona de sus hazañas y glorias, fue una simple iglesia, a la que pertenecían 2.800 feligreses de la huerta, dependientes de la lejana parroquia de San Patricio y separados de ella por los dominios de Santiago, San Mateo y El Carmen. De manera que los oficios religiosos, las ceremonias de loor a la Patrona, e incluso los entierros, dependían de una parroquia alejada física y socialmente de los problemas seculares de la huerta (Ilustración 16).



Ilustración 16. Frailes tocando las campanas del Convento (Archivo familiar Faroli).

A partir de este hecho, las crónicas difieren radicalmente a la hora de enfrentarse a los acontecimientos que tendrían lugar en los dos meses siguientes. El diario conventual y los medios seculares no dicen nada, o apenas nada, de aquellos hechos. Así, las memorias del Convento continuaron con la reseña de los eventos cotidianos y de las labores pastorales, silenciando los sucesos multitudinarios motivados por el conflicto de la subasta del agua, que revolucionaron la paz del cenobio y despertaron a la ciudad dormida. Como si nada de todo esto hubiera pasado, solo se reseña que el día 20 de marzo «terminaron las Rogativas con solemnísimas procesión» encabezada por la Patrona y San Isidro, con los responsables de todas las parroquias y «muchísimos hombres en filas», mientras «[en] la plaza, la subida a San Patricio, las bocacalles, los balcones de todas las casas y del Ayuntamiento, no cabía un alfiler». Sin que se indique nada de la causa ni del fin de tan misteriosas e inexplicadas rogativas. Y de sus consecuencias, más nada.

Un silencio a medias ocupó a la prensa, cuyas informaciones se reducen a un titular de *La Verdad* —«Rogativa y procesión para pedir agua»— que abre la breve noticia que da cuenta de que los campesinos se congregaron «llevando los ojos al cielo en demanda de ayuda para salvar la angustiada situación planteada por falta de agua»³¹. El titular del diario *Línea*, de la página 14 —«Solemne procesión de rogativas por la lluvia, en Lorca»—, se acompaña de una foto con la multitud en la Plaza de España y un brevísimo suelto de 55 palabras, titulado «ROGATIVAS», con más de lo mismo³². Todo un ejemplo de desconocimiento o manipulación, propia de los tiempos que corrían.

Visto esto, el observador curioso habrá de recurrir a otras fuentes, como la reescritura de la Crónica del Convento que llevó a cabo el propio padre Isidro, con el registro detallado de muchísimos de los 1006 trabajos pastorales y mi-

sionales de sus primeros años en el Convento, incluido el pormenor de los sucesos del agua, «ya que la mayor parte no está puesto en la Crónica», según él mismo advertía³³; a los escritos particulares y a los testimonios orales de testigos o partícipes de aquellos sucesos; e incluso a la memoria que algunos conservan de los reportajes detallados que de ellos ofrecía Radio España Independiente (Estación Pirenaica).

La HOAC y la concienciación huertana

Lo cierto es que apenas una semana después de las celebraciones inaugurales, entre el 7 y el 11 de febrero, se ponía en marcha la HOAC de la nueva parroquia. La Hermandad Obrera de Acción Católica era una organización que pretendía integrar la fe y la vida, con un doble carácter, cristiano y obrero, presidido por la independencia de todo poder que no fuera la jerarquía eclesiástica. Organizada en células, llamadas equipos, integradas por una media docena de activistas, ejecutaban su acción a través de los llamados círculos de estudios, de menos de diez personas, en los que se discutía acerca de los problemas e injusticias del entorno social y laboral, buscando que la fe fuera el instrumento para acabar con las estructuras sociales opuestas a la doctrina social de la iglesia³⁴. Atanasio López Pascual, viejo militante de izquierdas, confiesa que su opinión «sobre este movimiento obrero-católico era positiva», porque «además de las inquietudes sociales que despertaba, fue, sin duda, una estimable cantera de sindicalistas»³⁵.

Destacados miembros de la HOAC de Lorca, y en especial los empleados de banca, compañeros de López Pascual, entre ellos Juan Guevara y el presidente diocesano de la organización, D. José Antonio, se ocuparán de los trámites organizativos del sindicato parroquial del Convento, y tuvieron el día 13 los primeros contactos con los jóvenes de la huerta, para implicarlos en el proyecto.

31 *La Verdad de Murcia*, 22-3-1960, p. 2.

32 *Línea*, 22-4-1960, p. 14.

33 Diario del Convento, p. 134.

34 Sobre el origen y funcionamiento de esta organización obrera católica, creada en 1946, véase la conferencia de su fundador, Guillermo Roviroso, *Historia de la HOAC (Historia externa)*, 1950; y López García, Basilisa, *Aproximación a la historia de la HOAC (1946-1981)*, Edic. HOAC, Madrid, 1995.

35 López Pascual, Atanasio, *La penúltima coleta*, edición familiar, p. 50.



Ilustración 17. Huertanos en la faena de la trilla, hacia 1930 (Foto Menchón, AML).

Estos trámites corrían paralelos a los encuentros de jóvenes que se venían celebrando desde hacía algún tiempo, encaminados a fomentar la devoción y encauzar sus inquietudes: «Todos los miércoles por la noche teníamos unas charlas-coloquio, que así les llamaban, en las que se abordaban los problemas que teníamos los jóvenes de la huerta. Se exponía el problema y se discutía para ver si había alguna solución, para poder resolverlo como buenamente se pudiera»³⁶.

Hasta que, el día 14, la situación dio un giro radical, sin duda provocado por los dirigentes de la HOAC, al plantear un tema candente: «Intervienen el Presidente Diocesano dirigiendo una encuesta sobre el angustioso problema del agua e inmigración que tiene planteado esta huerta y ciudad y el Secretario diocesano sobre las injusticias que se cometen con los campesinos»³⁷ (Ilustración 17).

El día 16 se celebraba el primer círculo de estudios, en que, siguiendo las directrices del padre Isidro, quedaron formados cinco equipos. «Los jóvenes que habíamos asistido a esta reunión, durante toda la semana les fuimos contando a los que no habían asistido el tema que se había *tratao* y de cómo se había *quedao*, que no se pudo terminar de lo interesante que estaba, y

que al miércoles siguiente seguiríamos con el mismo tema»³⁸.

A la siguiente reunión aumentó la asistencia, «y ya se empezaron a meter con el sindicato: que por qué tenían que subastar el agua para que los hombres de la huerta pujaran entre ellos, que el que más dinero tenía era el que regaba, que al vecino de al lado se le secaban las cosechas porque no podía regar por no tener tanto dinero... Aquello decían los jóvenes que no era justo»³⁹. Un interés que no dejaba de crecer, alimentado por el boca a boca: «Al tercer miércoles, cuando acudimos a la reunión venían los jóvenes, sus padres, los vecinos y los amigos; se había *corrío* la voz de que allí se estaba hablando del agua de regar y de la subasta, y aumentó el interés por saber qué era lo que se cocía allí en el convento»⁴⁰.

El ambiente se caldeaba, con el conocimiento del padre Isidro, que «se solidarizó inmediatamente con los regantes y, si no el instigador, sí fue, al menos, coordinador de los esfuerzos encaminados a conseguir el éxito de la acción común»⁴¹. La asistencia y expectación crecían día a día, alimentadas por las noticias sobre los incidentes en torno al boicot a la subasta del agua en el Alporchón: «Piquetes nocturnos para evitar la aparición de esquiroleros; algún que otro bancal arrasado; varias retenciones en la comisaría, etc.»⁴². Un boicot augurado pocos años antes por la literatura:

Y explotan. Y se miran entre sí y se comunican en risa y en algazara, sin intentar contener la alegría de despreciar por primera y única vez en sus vidas lo que les ha humillado día a día sin compasión, lástima o remordimiento...

Y es que lo estaban aguardando desde mucho. Querían llegar, mirar despectivamente al hombre al oír el precio de partida y guardar silencio, como si no quisieran el agua o les fuera lo mismo. Y de pronto, fácilmente, sencillamente, de la manera más cómoda, lo alcanzan. Unos teniéndose que arañar las palmas por detener el loco

36 Serrano Padilla, Juan, *Rimas y leyendas. Homenaje a el Puente de la Pía*, inédito, p. 170.

37 Diario del Convento, p. 135.

38 Serrano Padilla, Juan, op. cit., p. 170.

39 Serrano Padilla, Juan, op. cit., p. 170.

40 *Idem*, p. 171.

41 López Pascual, Atanasio, op. cit., p. 50.

42 *Idem*, p. 51.

instinto del egoísmo. Otros, haciendo de tripas corazón y doblegándose. Los menos, sintiéndolo, creyendo que es la única manera de solucionar el asunto de la subasta⁴³ (Ilustración 18).

Los sones de la revuelta se iban extendiendo por los rincones de la huerta y por los mentideros de la ciudad, y sus ecos resonaban cercanos en los dramáticos reportajes que, entre los chisporroteos de la onda corta, llegaban de Radio España Independiente (Estación Pirenaica), elaborados y escritos a máquina en el altílo de la cercana barbería del maestro Tomás, por Atanasio López Pascual, que «enviaba información detallada y verídica» a una tal madame Blanche, buzón de la emisora clandestina en París⁴⁴.

Por otro lado, los informes de la brigada político-social y de los infiltrados en las reuniones llevaron a las autoridades municipales a exigir al padre Isidro el fin de aquella sublevación, al tiempo que, para no quedarse atrás, formulaban su propia queja:

ESCRITO MUNICIPAL SOBRE SITUACIÓN CATASTRÓFICA

Por la presidencia se expuso la conveniencia de que se dirija por parte de este Ayuntamiento al Excmo. Ministro de Obras Públicas, exponiéndole la situación catastrófica de estos campos, por la pertinaz sequía y falta de otras aguas para remedio, y pidiendo se activen cuantos proyectos para solucionar esta repetida situación, obren en dicho Ministerio, para ver de conseguir que termine esta angustiada situación que está arruinando a nuestros agricultores, que han de emigrar en gran número a otros lugares para poder obtener de su trabajo el rendimiento económico que les permita subsistir⁴⁵.

Las solemnísimas Rogativas

En la asamblea del día 9 de marzo, se conoció el resultado de un conclave del padre Isidro con activistas de la HOAC, motivado por las presiones de las autoridades:

Debido a la angustiada situación de estos humildes huertanos, un grupo de la HOAC de la parroquia presentan al padre Isidro y, por su recomen-



Ilustración 18. Subasta del agua en el Alporchón (Foto Menchón, AML).

dación, al Sr. Cura Párroco Fr. Ignacio Crespo el siguiente escrito:

Proposición que presenta el grupo HOAC, por si procede tomarla en consideración y aprobación:

Primero. Que en este Santo tiempo de Cuaresma, se empiece y se siga esta costumbre en lo sucesivo por todos los hijos de Lorca, y estos lo recomienden a sus esposas, hijos y amistades que no pueden asistir a enterarse de este acuerdo, que después de las oraciones que acostumbren rezar al acostarse y levantarse, le pidan con mucha fe al Señor y a la Patrona Virgen de las Huertas y al Patrón de los Agricultores S. Isidro Labrador, que inspire al Caudillo de España y a cada uno de sus Ministros y a cuantas personas de buena voluntad puedan ayudar de una manera intelectual, moral o material, para que lo hagan de una manera digna y honrada, se resuelva el problema de los riegos de Lorca y termine para siempre la explotación y miseria de nuestro pueblo.

Segundo. Que se hagan nuevas rogativas precedidas de una Comunión General sacando en Procesión por los sitios que se acuerde a Nuestra Patrona la Virgen de las Huertas, y al patrón de los agricultores San Isidro Labrador, presidida por las Autoridades si puede ser en día festivo, dándole la mayor publicidad, en donde compenetrados todos juntos con las Autoridades pidamos al Señor y a la Virgen Santísima, no solo las lluvias necesarias para recoger el pan de cada día, sino también para pedirle que se nos haga justicia en nuestras justas peticiones y los hijos de Lorca no tengan que mendigar en otras partes trabajo para el sustento de sus familias, teniendo una huerta

43 Castillo-Navarro, José María, op. cit., p. 103.

44 López Pascual, Atanasio, op. cit., p. 52.

45 Actas Capitulares del Ayuntamiento de Lorca, 4 de marzo de 1960.

tan grande y hermosa, hoy por desgracia llena de espinas y miserias pudiendo ser una de las más ricas de España.

Tercero. Esto sería el mayor mentís que podríamos dar a las falsas noticias circuladas en los labios enemigos de Jesucristo y de todo lo que representa comportamiento humilde, verdad y justicia, en beneficio de la Humanidad, los que no están dispuestos a sacrificarse por estas ideas⁴⁶.

En esta propuesta, calificada por López Pascual de «ocurrencia providencial», se sumaban y no se oponían todos los ángulos de la cuadratura del círculo: la retórica devota de los rezos y encomiendas a la divinidad, la confesión general y la procesión solemne; la adhesión al Régimen, con las alabanzas al Caudillo y sus ministros y la invitación a las autoridades locales para presidir las rogativas; y, finalmente, la desautorización de «las falsas noticias circuladas en los labios de los enemigos de Jesucristo»; todo como un trampantojo que dulcificaba la exigencia de que se hiciera justicia a una huerta «llena de espinas y miserias».

El domingo, día 13 de marzo, comenzaron las Rogativas, ante una asistencia de 600 personas, con una ceremonia que, aparentemente, no tenía nada que ver con las reivindicaciones sociales que las habían propiciado: se rezó la Corona franciscana y, dirigidos por el padre Isidro, se cantaron las Letanías de los Santos y la oración «Per pluvia»; y, finalmente, el padre predicó el sermón titulado «El fin del hombre», glosando el plan de Dios para la salvación del alma.

Las crónicas dicen que al día siguiente acudió menos gente, concretamente los que esperaban un mitin y pensaron que aquellos rezos no tenían nada que ver con la lucha contra la subasta del agua, por lo que el predicador, en su sermón sobre «La salvación del alma», llegó a decir: «Maldita la hora en que se resuelva el problema del agua, que es lo que os trae aquí, si ha de ser con detrimento de vuestras almas».

Al día siguiente continuaron las rogativas, con la asistencia de unas setecientas personas, como nunca se había visto. Uno de los asistentes lo

recuerda: «Aquello parecía una feria de la gente que estaba acudiendo; hacían falta tres salones para meter a tanta gente que se tuvo que optar por hacer la reunión en la iglesia, que quedó casi llena y con la gente de pie. Aquella noche acudieron allí huertanos, campesinos, regantes y hasta algunos señoritos, como les llamaban a los que vivían en la ciudad y que eran pudientes»⁴⁷. Y el propio padre Isidro añadió: «Vinieron hombres huertanos de 8 y 10 kilómetros de distancia. La comunidad hubo de poner a disposición de los asistentes los asientos de las habitaciones y escuela y bancos del Salón [de la] J. A. Católica, y subir al coro a los hombres que abarrotaban totalmente la iglesia»⁴⁸.

Los días siguientes se mantuvo la misma tónica, con sermones del padre Isidro referidos a la Muerte o al Juicio, «tremendas y estremecedoras pláticas» –como el mismo las calificó– que iban conmoviendo los ánimos de manera que, «a pesar de la gran concurrencia de fieles, apenas se sentía el menor movimiento» (Ilustración (19)).



Ilustración 19. Púlpito del Convento, atalaya de las prédicas del padre Isidro (foto del autor).

46 Crónica del Convento, adenda del P. Isidro, pp. 136-137.

47 Serrano Padilla, Juan, op. cit., p. 172.

48 Crónica del Convento, adenda del Padre Isidro, p. 137.

Juan Serrano Padilla añade que en las rogativas, además de los campesinos y huertanos, «también había policías secretos a los que algunos conocían, y que antes de empezar los rezos, hablaron con el padre Isidro para decirle que tuviera cuidado con lo que dijera, no fuera a meter la pata y tuvieran que suspender la reunión», para concluir diciendo que el fraile habló del problema, pero «en forma de sermón religioso, porque tenía una gran verborrea y sabía poner cada palabra en su sitio sin que tuviera que molestar a nadie»⁴⁹. López Pascual afirma que incluso «vino policía especial de Madrid, en apoyo de las fuerzas de seguridad locales, aunque estaban sobrando porque allí nadie quería incidentes de ninguna clase»⁵⁰. Lo cierto es que el auditorio se debatía entre la emoción por la solemnidad de los eventos, el interés por el problema que se estaba tratando y el miedo a las posibles represalias.

Mientras tenían lugar las rogativas, el día 18 de marzo el padre Isidro dirigía un extenso telegrama al Caudillo:

Excmo. Señor D. Francisco Franco Bahamonde, Caudillo de España. El Pardo. Madrid.

Hechas durante ocho días fervorosa rogativas, con letanías de todos los Santos ante Ntra. Patrona la Sma. Virgen de las Huertas, y culminando estas fervientes plegarias con solemne procesión de la Sma. Virgen de las Huertas y el Patrón de los Labradores San Isidro Labrador, que tendrá lugar el domingo día veinte a las diecisiete horas, pidiendo a la Sma. Trinidad por mediación de Ntra. Madre la Virgen de las Huertas y de todos los santos, que se recuerde la situación angustiosa de nuestro pueblo a causa de la escasez de agua, sufrida pacientemente por esos humildes cristianos y fieles seguidores de la Patria, queremos hacer llegar a V.E. este grito de angustia, para que su representante en el orden temporal para nuestra querida España, su invicto y querido Caudillo, nos dé un palabra de consuelo y esperanza de que en breve ordenará estudio concienzudo de nuestro caso y su posible solución.

Así mismo suplico se digno conceder audiencia privada a este humilde servidor, sacerdote fran-



Ilustración 20. Casa-barbería del maestro Tomás, en los alrededores del Convento (Archivo familiar García Ros).

ciscano del convento de Ntra. Sra. de las Huertas de Lorca (Murcia), Dios guarde a V.E. muchos años⁵¹.

El dinero necesario para el envío del telegrama, de 196 palabras, en el que no se utilizó el lenguaje telegráfico, fue recaudado en la vecina barbería del maestro Tomás con las aportaciones de los vecinos, según recuerda Antonio García Ros, hijo del barbero (Ilustración 20).

El mensaje era el mejor compendio de la retórica nacional-católico-reivindicativa que había presidido el manifiesto por las Rogativas y el desarrollo de las mismas: letanías y alabanzas a los santos, desde la Santísima Trinidad a Virgen de las Huertas, unidas a la proclamación de la fe patriótica y la invocación al «invicto Caudillo», representante temporal de Dios para «nuestra querida España», como envoltorio de la reivindicación de justicia ante «la situación angustiosa de nuestro pueblo a causa de la escasez de agua».

Entre tanto, la voz popular y las crónicas nocturnas de La Pirenaica daban cuenta de los incidentes y represalias que se producían en la calle. Serrano Padilla recuerda cómo «detuvieron a un tal José Bonaque y a Juan Antonio Miñarro, que se plantaron en la puerta del Alporchón diciendo: ‘El que tenga lo que tienen los hombres que pase’, y cómo los llevaron a la comisaria, aunque tuvieron que soltarlos porque «toda la gente se fue a la puerta a protestar»⁵². Y otros

49 Serrano Padilla, Juan, op. cit., p. 172.

50 López Pascual, Atanasio, op. cit., p. 51.

51 Crónica del Convento, adenda del Padre Isidro, pp. 137-138.

52 Serrano Padilla, Juan, op. cit., p. 174.

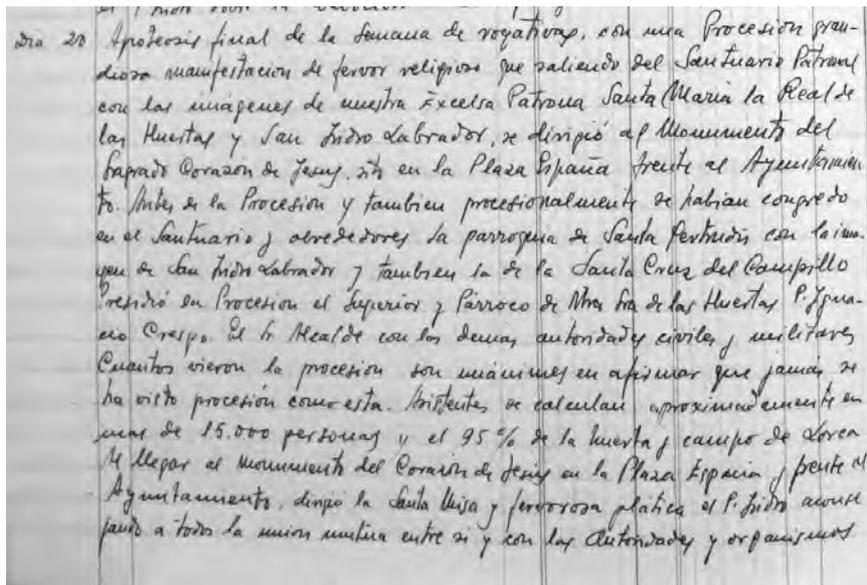


Ilustración 21. Descripción de la procesión de las Rogativas, añadida por el P. Isidro en su reescritura de la Crónica del Convento.

mencionan la detención de Manuel Cuadrado, de un tal Angulo, de Albarracín y de los hermanos Peñas, todos retenidos durante un tiempo, cuya liberación atribuyen a la intervención del padre Isidro.

A propósito de los efectos del telegrama, unos afirman que el padre Isidro no recibió contestación alguna, por lo que comentaba, airado, en la sacristía: «Manos negras veo para que su Excelencia no me reciba»; mientras que otros dicen saber que el gobernador civil, Antonio Luis Soler Bans, recién nombrado, se ofreció a tramitar la audiencia o a acompañarlo en ella, pero que el fraile se negó, porque él solo, decía, se bastaba para resolver sus asuntos.

El apoteósico cierre de aquellos intensísimos ocho días de marzo fue la solemnísima procesión encabezada por las imágenes de la Virgen de las Huertas y San Isidro, y presidida por las autoridades civiles y militares de la ciudad, a la que se añadieron las demás parroquias, con un cortejo nunca visto, de unas 15.000 personas, cuya solemnidad y boato ya habían sido pintados por la crónica oficial del Convento, aunque no habían dejado constancia –como sí lo hizo el padre Isidro– de que «esta vez la impresionante multitud no iba rezando, sino pidiendo unánimemente, a pleno pulmón, más agua y fuera

la subasta»⁵³, ni tampoco de su plática ante el Monumento al Sagrado Corazón «aconsejando a todos la unión mutua entre sí y con las autoridades y organismos del estado para más fácilmente conseguir los anhelos de todo este pueblo de Lorca»⁵⁴ (Ilustración 21).

Lo cierto es que no hubo lugar a reponerse de la emoción de aquellos días ni a esperar contestación al telegrama, y menos a la celebración de la audiencia, pues el 25 de marzo se suprimía la subasta del agua, no solo asumiendo así el Régimen las reivindicaciones de aquellas rogativas, sino el mérito de acabar con la tradicional falta de agua mediante el Plan de Mejora de los Regadíos que se publicó al mes siguiente y la presencia del Ministro de Obras Públicas en el mes de junio, para recibir el fervor y las aclamaciones de una multitud que parecía no recordar aquellos ocho días de marzo que protagonizó el padre Isidro.

MOVILIZACIÓN DEL RÉGIMEN

Clausura de la subasta y Plan de Mejora del Regadío

La alambicada fórmula magistral del padre Isidro, basada en el a Dios rogando y la queja manifestando, ganó la adhesión de los sufridos

53 López Pascual, Atanasio, op. cit., p. 51.

54 Crónica del Convento, adenda del P. Isidro, pp. 138-139.

regantes de la huerta y de los grupos cristianos y de izquierdas, que la consideraban adecuada y justa. Pero la sorpresa vino de los variados sectores del Régimen, que aceptaron el envite y, lejos de las consabidas acusaciones y persecuciones a los habituales enemigos de España, tomaron el eslogan de «todos unidos», que pregonaba el fraile, poniéndose manos a la obra con un afán y unas apreturas muy pocas veces vistas.

El primer paso, y fundamental, lo dio solo cinco días después la Junta Administrativa de la Confederación Hidrográfica del Segura, que recoge en su acta del día 25 de marzo la firme decisión política de acabar con la subasta, cuando su presidente, Luciano de la Calzada, reconoce que «el problema que hoy en día afecta al regadío de Lorca es motivo de honda preocupación por su parte, hasta el punto de que para él no existe otro de mayor importancia», y añade que «en el ánimo de todos está la supresión de la subasta..., de modo que debemos arbitrar fórmulas para ir gradualmente a que el agua sea adjudicada por medio de un entandamiento».

Una decisión que se tradujo en la solicitud al Ministerio de Obras Públicas de la supresión inmediata de la subasta, sustituida por un entandamiento que repartiera las aguas existentes de acuerdo con la extensión de las propiedades, junto a otras medidas también necesarias, además de insistir al Ministerio en la urgencia de la aprobación del Plan General de Mejora del Regadío de Lorca⁵⁵.

Un mes después, por una Orden Ministerial de 27 de abril de 1960 se aprobaba el mencionado Plan:

La noticia fue confirmada por Radio Nacional en el diario hablado de sobremesa y, poco después, a las tres y media de la tarde, Radio Juventud transmitió un amplio reportaje en el que incluyó una entrevista, recogida en cinta magnetofónica, con el Delegado del Gobierno en la Confederación Hidrográfica del Segura, don Luciano de la Calzada⁵⁶.

A la una de la tarde el propio Luciano de la Calzada ofrecía una rueda de prensa en la que afirmó que «los fines primordiales del plan son dos: liberar al regadío de la subasta de las aguas, suministrando a aquellas tierras los suministros que necesiten para sus cultivos..., y en segundo lugar, ordenar los recursos propios del regadío, y buscar y aprovechar todos los que en potencia se encuentren en la propia zona; y después, si aún resultan insuficientes, buscar fuera de la zona, y aún de la cuenca, los caudales necesarios»⁵⁷.

La prensa escrita recogió la nueva en portada y en páginas interiores con titulares muy llamativos y contenidos de gran emotividad, como en esta columna firmada por Enrique Miñarro Sánchez:

Una ciudad en vísperas de su milagro

El día de hoy será recordado en Lorca como uno de los más grandes y trascendentales de su larga historia. Radio Nacional de España, a las dos y media de la tarde, confirmó la noticia que esta mañana alborozó nuestra ciudad. Vamos a tener, por fin, agua para nuestros campos. Nuestra sed va a ser calmada en gran parte. Lorca, merced al esfuerzo de sus autoridades, va a emprender el camino de su resurgimiento.

La ciudad rebosa de entusiasmo. Sabe que sus hijos ya no tendrán que seguir emigrando; sabe que muchos de los que se fueron habrán de volver y que todos, unidos de nuevo, lucharán –ahora alentados por la realidad presente y la esperanza fructífera– por defender la eminencia agrícola de su suelo...

Las tierras estériles por la sequía van a cobrar vida. Los campos de mies, como mar en calma, darán belleza con su verde colorido al inmenso valle de nuestro término.

Llegaremos a ser una potencia nacional. Nuestro granero, nuestros frutos y los mil productos de nuestros campos nos llevarán al nivel agrícola que siempre soñamos.

Enrique Miñarro Sánchez⁵⁸.

55 Sobre los datos de esta sesión histórica de la Confederación Hidrográfica, véase Gris Martínez, Joaquín, «De las ordenanzas de aguas...», op. cit., p. 196 y nota n.º 10.

56 *Línea*, 29-4-1960, p. 11.

57 *Idem*.

58 *Idem*.



Ilustración 22. Vista del canal de San Diego desde la Casa Mata, hacia 1960 (Foto AML).

Los diarios *La Verdad* y *Línea* se extienden en pormenorizar el origen y la cantidad de los nuevos recursos hídricos, tanto superficiales como subterráneos, procedentes de pozos ya existentes o de nueva perforación, ampliación de los manantiales de la cuenca alta del Guadalentín, e incluso el estudio de una nueva ubicación para el pantano de Puentes, así como la creación de una nueva red de aguas claras que confluirá en el partidior de la Casa Mata, para su distribución mediante entandamiento⁵⁹ (Ilustración 22).

El 29 de abril, el alcalde de Lorca manifestaba en el acta de la Comisión Permanente del Ayuntamiento «la alegría que estos días se ha producido en nuestra ciudad» con la noticia, que «llegó a nuestra población con el natural alborozo de todos y cada uno de los lorquinos; satisfacción de la que había dado cuenta en un telegrama de agradecimiento dirigido al Ministerio de Obras Públicas»:

Conocida excelente nueva aprobación Plan Mejora Regadío de Lorca nombre propio Corporación Municipal y pueblo compláceme expresar V. I. sentida gratitud por solución gravísimo problema falta agua para riego. Lorca responderá a magnífico beneficio incrementando extraordinariamente la producción agrícola y aumentando riqueza nacional al propio tiempo que verá terminado doloroso problema migración agricultores Salúdole⁶⁰.

Y proponía que se acordara igualmente expresar la gratitud «a los Excmos. Sres. Gobernador

Civil de la Provincia, D. Antonio Luis Soler Bans, y Embajador de España en Portugal, D. José Ibáñez Martín, así como a los Ilmos. Sres. Delegado del Gobierno en la Confederación Hidrográfica del Segura, e Ingeniero-Director de la misma por el gran interés y decisiva intervención en la concesión de este extraordinario beneficio para nuestra huerta al posibilitar una gran mejora en el gravísimo problema de la falta de agua para riego, que era causa de la improductividad de unas tierras excelentes que obligaba a nuestro agricultores a buscar en la emigración los medios económicos para sus vidas»⁶¹.

Telegrama de gratitud que sería respondido, entre otros, por el delegado del Gobierno en la Confederación Hidrográfica, «manifestando que la satisfacción que ello produce desea ser compartida por todos, porque todos, y muy especialmente este ayuntamiento y su alcalde, han trabajado para lograr lo que hoy constituye una fundada esperanza de haber iniciado el recto camino que ha de llevarnos, unidos todos, a remediar la secular desgracia que viene pesando sobre esta comarca»⁶².

Loor de multitudes a las autoridades

La absorción de las quejas contra la subasta por parte del Régimen, tomándolas como una reivindicación propia que iba a hallar pronta solución, añadiéndole además un completo Plan de Mejora del Regadío de Lorca, culminó con una cuidada estrategia de recogida de adhesiones y loores a las autoridades, en torno a la visita del gobernador civil primero, y del ministro de Obras Públicas a continuación.

El vínculo del pasado reivindicativo de las Rogativas y la recogida de beneficios por parte del Régimen se escenificó la tarde del nueve de mayo de 1969, en los prolegómenos de la visita oficial a Lorca del gobernador civil, Antonio Luis Soler Bans:

La comitiva se dirigió al santuario de Santa María la Real de las Huertas, Patrona de la ciudad,

⁵⁹ *La Verdad*, 29-4-1960, pp. 1 y 2; *Línea*, 29-4-1960, pp. 1 y 11.

⁶⁰ *Línea*, 29-4-1960, p. 11.

⁶¹ Acta de la Comisión permanente del Excmo. Ayuntamiento de Lorca, 29 de abril de 1960.

⁶² Acta de la Comisión permanente del Excmo. Ayuntamiento de Lorca, 29 de mayo de 1960.

siendo escoltado el automóvil de S. E. por numerosos «vespistas».

Las autoridades fueron recibidas en el santuario por la comunidad franciscana en pleno, presidida por el reverendo padre Isidro Ruiz Folgado, y millares de personas que aclamaron al señor Soler Bans.

Después de cantarse una solemne Salve, el señor Soler Bans subió al camarín de la Virgen, cuyo manto besó⁶³.

Y esa comunión se condensaba en una de las pancartas de adhesión, con el lema «Gracias a Dios, a la Virgen de las Huertas, a nuestro Caudillo y al señor Gobernador, tendremos agua».

A partir de aquí el protagonismo del padre Isidro, de la parroquia del Convento y de los activistas que habían dirigido la protesta, desaparece y deja su lugar a la retórica del Régimen, abierta en primera página del diario *Línea* con un rotundo «Lorca aclamó a Soler Bans» y la foto de la multitud, encabezada por pancartas de agradecimiento a las autoridades e integrada por «más de 15.000 personas», con lo que se superaba la cifra alcanzada por la procesión de las Rogativas⁶⁴. Las calles adornadas de banderas y gallardetes y la recepción apoteósica del gentío, con aplausos, vítores y agitar de pañuelos, dejaron paso al discurso encendido del alcalde de Lorca, que identificó los problemas seculares de la sequía de esta tierra con el ser o no ser hamletiano, ahora en vías de solución con la tenacidad joseantoniana de ser inasequibles al desaliento (Ilustración 23).

El discurso del Gobernador, interrumpido por aplausos y vivas al Caudillo, proclamaba que, tras siglos de vanas promesas, el régimen cumpliría lo prometido, augurando de forma profética la certeza de ir más lejos, «hasta la consecución de los proyectos fantásticos concebidos allá por el año 33 por los señores Lorenzo Pardo, De los Ríos y Cuervo, para el transvase de las aguas del Ebro o del Tajo, con lo que se remediaría la situación de regadíos de todo el Sureste español», porque «bajo el mando de



Ilustración 23. Noticia de la visita del Gobernador Civil en la portada del diario *Línea* (10-5-1960).

Franco se puede realizar todo, absolutamente todo»⁶⁵.

La «delirante ovación» con que la multitud acogió las palabras del gobernador civil anticipaba la apoteosis para la próxima visita del ministro de Obras Públicas.

La venida del ministro Jorge Vigón, el 25 de junio, cerraba cuatro meses de actividad frenética en torno a los problemas del agua. La visita tuvo una parte técnica, con un amplio recorrido a lo largo de las obras del canal y túnel que conducirían las aguas de los pozos de la Torrecilla y el Esparragal al viejo partidur de la Casa Mata, para mezclarlas con las del canal de aguas claras del pantano de Puentes y distribuir las por los heredamientos de Tercia y Albacete.

Lo demás fue la aclamación y los honores al ministro en la Plaza de España, donde «se apreciaba un gentío inmenso, que exhibía numerosas pancartas» y «le aclamó delirantemente durante largo rato» al salir al balcón del ayuntamiento.

El ofrecimiento de honores comenzó con el discurso del alcalde de la ciudad, quien, tras alabar «la gigantesca labor de redención de las masas campesinas» del Caudillo, «anunció el acuerdo adoptado por la Corporación municipal de esculpir el nombre de don Jorge Vigón en la

63 *Línea*, 10-5-1960, p. 16.

64 *Idem*.

65 Los discursos completos del alcalde y del gobernador pueden verse en las páginas 16 y 17 del diario *Línea*, de 10 de junio de 1960; y un amplio resumen en la página 15 de *La Verdad* de Murcia de la misma fecha.

lápida de la sala capitular, que encabeza el rey Alfonso el Sabio, pues si aquel monarca –dijo– trajo a Lorca la civilización y la cristiandad, el señor Vigón le ha dado la ayuda material para su engrandecimiento».

El delegado del Gobierno en la Confederación Hidrográfica del Segura testimonió al ministro su agradecimiento por las obras que acabarán con la emigración al extranjero: «Aquí están, señor ministro –dijo–, los regantes de Lorca, sucesores de generaciones enteras que desaparecieron, sin haber visto el milagro del agua. Decidles que sus hijos ya no tendrán que emigrar a otras tierras para ganarse el pan, porque lo podrán ganar aquí. Decidles, que el milagro está hecho; que ya no hay subasta de agua (Ovación enorme), sino obras de regadío».

Una alocución que terminará con el anuncio de la colocación en el Alporchón de una lápida conmemorativa del 25 de marzo, fecha en que quedaron «desterradas para siempre las subastas, verdadera vergüenza impropia de los tiempos que vivimos»⁶⁶, con lo que el Régimen cerraba el círculo de la redención de una tierra oprimida, porque, en palabras del ministro, «este plan es una respuesta a un clamor popular que databa de siglos»⁶⁷ (Ilustración 24).

Con un «solo puedo deciros que las obras continuarán hasta su feliz terminación», concluía la brevísima alocución del ministro, según la cuentan las crónicas periodísticas, no se sabe si fruto de la concisión castrense del orador o los apremios del cierre de las ediciones⁶⁸.

Luego, la voz popular completará el discurso ministerial con algunos añadidos que rompían un tanto la imagen de unidad de destino con que

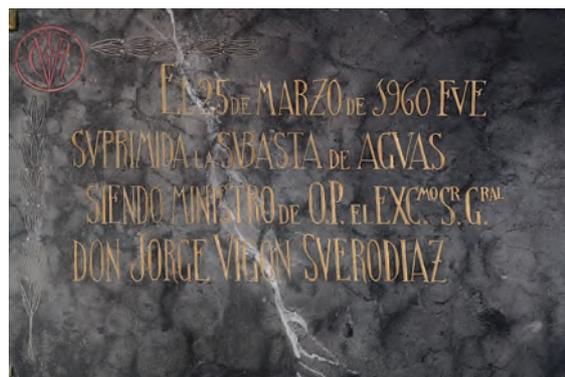


Ilustración 24. Lápida conmemorativa de la supresión de la subasta, en el Alporchón (Foto AML).

se había puesto punto final al problema: «Aunque se vistan de rojo o de pardo, sabemos quiénes son», dicen que dijo, refiriéndose a «esos comunistas disfrazados de corderos», que dicen que añadió. Citas textuales que algunos tienen por apócrifas, fuera de aquel contexto de reconciliación de los opuestos, quizá escuchadas en las crónicas de La Pirenaica, que daban cuenta con cierto retardo de los pelos y señales del conflicto. Y para desmentirlas, habrá que escuchar los ecos lejanos de la memoria popular, que sitúan al ministro, un año después, a la puerta del convento, en amable conversación con el Padre Isidro, mientras ofrecía una generosa limosna para la comunidad.

FULGOR Y OCASO DEL PADRE ISIDRO

Después de las Rogativas de marzo, que consiguieron el milagro de la unión de todos en defensa del regadío de la huerta y, en general, de la supervivencia de la ciudad, que pasó en apenas dos meses del problema secular a la futura solución, el padre Isidro continuó con su activi-

⁶⁶ *La Verdad*, 26-6-1960, p. 16.

⁶⁷ La crítica popular también recogió la alegría por la subasta finada en una necrológica humorística, dicen que redactada por el maestro Tomás, el barbero: «Rogad a Dios por el alma de Doña Injusta Subasta de aguas de regadío de Lorca, que falleció el 5 [25] de Marzo de 1960 a las nueve de la mañana en su cómodo y confortable lecho del Alporchón. A consecuencia de una tremenda indigestión de «billetes verdes», cuyos últimos siete ingeridos el día anterior parece ser que fueron la causa de tan fatal desenlace. Al participar ustedes en tan deseada pérdida, les aconsejamos que no hagan «palmas de tango», ni rían a carcajadas, ni exterioricen demasiado su entusiasmo, a fin de que ningún familiar se sienta ofendido. Sus desconsolados: esposo, D. Sindicato de Riegos; Madre, Dña. Confederación Hidrográfica del Segura; Hijos, D. Egoísmo Ilimitado, D. Canalillo del Arenal (contratista), Dña. Explotación y Dña. Inmoralidad Colectiva; Hijos adoptivos, D. Enchufe Nominatu, Dña. Plantilla de Pega (Dña. Hila Barata), y Dña. Miseria de la Huerta; Parientes más allegados, Dña. Emigración, Dña. Sequía Pertinaz y Dña. Desesperación; ruegan una oración por el alma de la difunta, y de paso aconsejan a los regantes que no despilfarran el dinero que le tenían preparado, pues aún queda mucho camino que andar hasta la llegada del maná. Firmado: Intruso. 6 [26] de Marzo de 1960». Véase Serrano Padilla, *Rimas y leyendas*, op. cit., pp. 173-174.

⁶⁸ Las citas, salvo en el caso señalado, están tomadas de la crónica del diario *Línea*, 26-6-1960, portada y p. 5. Cumplida información sobre el ambiente y los discursos de esa visita puede verse en el resto de la prensa de esa fecha: *La Verdad*, portada y p. 2; *Línea*, ya citado; y *ABC*, p. 95.

dad incansable y avasalladora dentro y fuera del Convento, aunque no ostentaba cargo alguno y sus ocupaciones no siempre parecían del gusto de su superior, puesto que en su mayoría fueron silenciadas, si no entorpecidas.

Entre la infinidad de labores pastorales y misionales de los meses siguientes, destaca la gran misión de Buenos Aires y Santiago de Chile, que le ocupó más de tres meses, de septiembre a finales de diciembre de 1960. Al regreso, sin solución de continuidad, emprendió una campaña a través de Radio Popular para la adquisición de un sagrario, que en poco más de tres días recaudó las 80.550 pesetas de su coste. Un sagrario que fue bendecido y consagrado con gran solemnidad el 2 de febrero de 1961, con procesión de candelas por el atrio, misa cantada, exposición del Santísimo y, por la tarde, celebración de una Hora Santa y la constitución canónica de la Archicofradía de los Jueves Eucarísticos (Ilustración 25).

A mitad de 1961, es nombrado superior y párroco de la Virgen de las Huertas, cargos que ocuparía los siguientes seis años, mientras que los tres posteriores fue párroco y vicario. Sin embargo, esta autoridad, que le llevó en principio a reescribir la memoria del convento para registrar minuciosamente sus actividades durante los meses anteriores, supuso un inmediato y misterioso apagón en la escritura de la crónica, que se interrumpe inexplicablemente en octubre de 1961, dejando en blanco las páginas de la historia del convento, cuya redacción dependía ahora solo de su voluntad. Y así durante nueve años, hasta su marcha.

Sin embargo, en documentos fehacientes y en la memoria de sus feligreses quedará constancia de su última gran obra social: la traída del agua potable, que iba a acabar con la indigencia secular del abastecimiento de los huertanos, que se tenían que «privar de beber por no ir al caño y hacer cola hasta las tantas de la noche, bien con la tina, con el carretón o la bestia, numerándose como los rebaños y apoyando los cántaros en ringleras interminables»⁶⁹ (Ilustración 26).



Ilustración 25. El nuevo sagrario, en altar mayor de la iglesia del Convento.



Ilustración 26. Partidor de los Tres Puentes, junto al que discurría la conducción del agua potable hacia el Convento.

En el Acta de constitución de la «Junta Administrativa de la traída de agua potable a la huerta de Lorca», de 17 de junio de 1962, se registra que el padre Isidro, «en nombre de todos los vecinos de la feligresía, ha solicitado del Excmo. Ayuntamiento de esta ciudad permiso para la traída de agua de los Canales del Taibilla, con la dispensa de entronque y a costa de los usuarios». Se informa de la división de la conducción en tres tramos, cuyos vecinos se harán cargo de las obras de la red general, mientras que los entronques posteriores pagarán a razón de mil pesetas cada uno, que se repartirán entre los primeros, para igualarlos a todos en el citado coste de 1.000 pesetas. Si se reciben subvenciones, se destinarán para indemnizar también a los que hayan pagado más de mil pesetas, mientras que los ingresos y subvenciones posteriores, una vez nivelados todos en la citada cantidad,

⁶⁹ Castillo-Navarro, José María, op. cit., p. 53. Sobre los conflictos por el abasto en las fuentes públicas, véase también García Martínez, Tomás, *Vivencias y recuerdos*, edición del autor, Lorca, 1998, pp. 154-155.



Ilustración 27. El padre Isidro con las autoridades locales, hacia 1967 (Foto Valera. AML).

«se entregarán al Padre Superior del Convento para que los destine a la mejora del Santuario».

Esta red general que, inicialmente, llegaba hasta el partidor de los Morales, quedaba abierta a su prolongación hasta los confines de la huerta. El trece de septiembre de ese año se constituyó la junta rectora de la red de canales, que irá resolviendo los problemas que la obra y su financiación va creando con su continua expansión.

A partir de aquí solo la voz popular conservada en los anales de la huerta dará cuenta de los pelos y señales del día a día del padre Isidro, así como los de la Mancha registraron las hazañas de don Quijote. Con una peculiar asincronía, unos recordarán las «tremendas y estremecedoras pláticas» que, desde el púlpito, inundaban la iglesia o se desparramaban por lejanos confines desde los altavoces de la torre; otros dirán que lo siguieron viendo de visita pastoral por las veredas y caminos de la huerta, sin distinguir muy bien si en la vieja Lambretta del convento o arremangado sobre los lomos de una flamante Mobilette de hombre; otros dirán haber asistido a triduos, quinaros, septenarios, novenarios o ejercicios espirituales, si no es que estuvieron presentes en las procesiones de candelas o en los rosarios de la aurora; y a algunos les parecerá que escuchan a lo lejos los sonos del harmonio tocado por el fraile en las ceremonias, y

también los rezos solemnes de rosarios, coronas y letanías de los santos (Ilustración 27).

Pero los más alejados de las pompas y celebraciones de la iglesia se siguieron encontrando con él mientras se arreglaba la tonsura en la barbería del maestro Tomás; cuando se acerca al horno del Embarre a quemar algún papel o a comprar y pagar religiosamente el pan de cada día; o si se pasaba por el estanco por su paquete de Ducados, o quizá de Rex. Algunos, maltratados por los rigores del Régimen, no olvidarán una gestión o la firma en un papel que trataba de remediar su situación; mientras que las propias autoridades vieron en él una enorme capacidad para encauzar unos malestares que podrían haber ido mucho más allá. Y los más se harán eco de un gesto, de una anécdota, de una frase, que mantendrá vivo a duras penas el recuerdo de su persona y de sus hechos. Eso, sin olvidar la celebración de bautizos, comuniones y bodas de muchos de sus feligreses (Ilustración 28).

Como si la vida siguiera igual, con el Padre Isidro ocupado a la vez de las cosas del cielo y de la tierra, así fueron pasando los años, mientras las brumas del olvido iban apagando los rescoldos de aquellos ocho días de marzo, dignos de mejor memoria. Hasta que una mañana de septiembre de 1970, los renglones de la vieja crónica volvieron a escribirse con la misma le-



Ilustración 28. El padre Isidro, oficiante en una boda (Archivo familiar García-Díaz).

tra de antaño para contar que el fraile se marchó con sus maletas y bagajes para no volver; sin olvidarse de decir, en un alarde de detallismo realista, no exento de crueldad, que «nadie ha acudido a despedirlo»⁷⁰.

Tras una estancia tormentosa en el convento de Almansa y unos años de vida reposada, como Superior y luego Vicario, en Hellín, vino la muerte a llamarlo en 1995, a los 80 años, mientras en Lorca el silencio de sus prédicas se extendía por las naves del Convento. Aunque algunos seguían conservando la memoria de su palabra y de sus hechos, pese a que la crónica del Convento diga que del bien moral y espiritual que hizo «solo Dios conocerá»⁷¹.

BIBLIOGRAFÍA

Acta de la Comisión Permanente, Ayuntamiento de Lorca, 29 de abril de 1960. AML.

Acta de la Comisión Permanente, Ayuntamiento de Lorca, 29 de mayo de 1960. AML.

Acta del Pleno, Ayuntamiento de Lorca, 4 de marzo de 1960. AML.

Acta provinciae, Provincia Franciscana de Cartagena, n.º 52-55, 1994-1995.

⁷⁰ Crónica del Convento, op. cit., p. 146.

⁷¹ *Ibidem*, p. 146.

CAPEL, Horacio, *Lorca, capital subregional*, Cámara Oficial de Comercio e Industria de Lorca, Lorca, 1969.

CARBAJO, P. Deodato, *Restauración de la Provincia Seráfica de Cartagena*, Murcia, 1966.

CASTILLO-NAVARRO, José María, *Con la lengua fuera*, Ayuntamiento de Lorca y Edit. Aguacleara, Alicante, 1999.

Crónica del Convento Virgen de las Huertas, tomo II, 1950-1996.

Diario *ABC*, 26-6-1960, p. 35.

Diario *La Verdad de Murcia*, 22-3-1960, p.2.

Diario *La Verdad de Murcia*, 29-4-1960, portada y p. 2.

Diario *La Verdad de Murcia*, 10-5-196, portada y p. 15.

Diario *La Verdad de Murcia*, 26-6-1960, portada y p. 2.

Diario *Línea*, 22-3-1960, p. 4.

Diario *Línea*, 29-4- 1960, portada y p. 11.

Diario *Línea*, 10-5-1960, portada y p. 16.

Diario *Línea*, 26-6-1960, portada y p. 5.

- ESPÍN RAEL, Joaquín, *Dietario de posguerra*, inédito, transcripción de Juan Guirao.
- GARCÍA MARTÍNEZ, Tomás, *Vivencias y recuerdos*, Imprenta Cayetano Méndez, Lorca, 1998.
- GIL OLCINA, Antonio, *El campo de Lorca. Estudio de geografía agraria*, Departamento de Geografía, Facultad de Filosofía y Letras de Valencia, Instituto Juan Sebastián Elcano, Valencia, 1971.
- GIL OLCINA, Antonio, «El régimen del río Guadalentín», *Cuadernos de Geografía*, n.º 5, 1968, Universidad de Valencia, pp. 1-19.
- GIL OLCINA, Antonio, «La propiedad del agua en los grandes regadíos deficitarios del sureste peninsular. El ejemplo del Guadalentín», *Agricultura y sociedad*, n.º 35, 1985, pp. 203-231.
- GRIS MARTÍNEZ, Joaquín, «De las ordenanzas de aguas a la constitución de la Comunidad de regantes de Lorca, 1785-1985», *Agua, riegos y modos de vida en Lorca y su comarca*, Caja de Ahorros de Alicante y Murcia, Murcia 1986.
- HERNÁNDEZ FRANCO, Juan; GRIS MARTÍNEZ, Joaquín; MULA GÓMEZ, Antonio José (1989), «Avenidas y Obras Hidráulicas en el Guadalentín (Siglos XVII-XIX)», *Avenidas Fluviales e Inundaciones en el Mediterráneo*, Instituto Universitario de Geografía. Universidad de Alicante, Alicante, 1989, pp. 435-446.
- HERNÁNDEZ FRANCO, Juan; GRIS MARTÍNEZ, Joaquín; MULA GÓMEZ, Antonio José, *Las obras hidráulicas en el Reino de Murcia durante el Reformismo Borbónico. Los Reales Pantanos de Lorca*. Colegio Oficial de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos. Murcia, 1986.
- KAMEN, Henry, *La invención de España*, Edit. Planeta, Espasa, Barcelona, 2020.
- LÓPEZ GARCÍA, Basilisa, *Aproximación a la historia de la HOAC (1946-1981)*, Edic. HOAC, Madrid, 1995.
- LÓPEZ PASCUAL, Atanasio, *La penúltima coleta*, edición familiar, AML.
- MOROTE, P. Pedro, *Antigüedad y blasones de la ciudad de Lorca*, facsímil (Lorca, 1980) de la edición de López Mesnier, Murcia, 1741.
- MULA GÓMEZ, Antonio José, «Aproximación a la guerra de la Independencia en Lorca y su distrito», *Anales de Historia Contemporánea*, n.º 1, 1982, Universidad de Murcia, pp. 48-70.
- MULA GÓMEZ, Antonio José, «Gestión de recursos hidráulicos en los regadíos tradicionales de la cuenca del Segura. El caso de Lorca». *Coloquio sobre demanda y economía del agua en España*, Instituto Universitario de Geografía. Universidad de Alicante, Alicante, 1986.
- MULA GÓMEZ, Antonio José, «Mortalidad y comportamiento social en la Lorca de 1812. Análisis de una epidemia». *Anales de la Universidad de Murcia, Filosofía y Letras*, vol. XXXVIII, n.º 4, Murcia, 1979, pp. 219-253.
- MULA GÓMEZ, Antonio José, «Política y educación en la Lorca del siglo XIX. Del Colegio Universitario de la Purísima al Instituto de Segunda Enseñanza (1785-1883)», *Revista Clavis*, n.º 11, 2021, pp. 59-90.
- MUÑOZ CLARES, Manuel, *El convento franciscano de la Virgen de las Huertas. Historia e iconografía de un templo emblemático y de su imagen titular*, Edit. Espigas, Murcia, 2018.
- ORTEGA, Pablo Manuel, *Crónica de la Santa Provincia de Cartagena de la regular observancia de N.S.P. San Francisco*, facsímil (1980) de la edición de José López, Murcia, 1740.
- PÉREZ DE HITA, Ginés, *Libro de la población y hazañas de la muy nobilísima y leal ciudad de Lorca*, manuscrito n.º 19.610 de la BNE.
- ROVIROSA, Guillermo, *Historia de la HOAC (Historia externa)*, Solidaridad.net, 1950.
- SERRANO PADILLA, Juan, *Rimas y leyendas. Homenaje a el Puente de la Pía*, inédito, AML.
- VARGAS, P. Alonso de, *Relación votiva o donaria de la antigüedad de la imagen de Nuestra Señora de las Huertas*, facsímil (Lorca, 1999) de la edición de Francisco Heylan, Granada, 1625.